

# LA TIERRA DE VIETNAM

«Cratering»: el gerundio inglés —abriendo cráteres— no necesita demasiada traducción. Pero sí alguna explicación. Es un neologismo introducido en el idioma por los biólogos americanos —como Arthur H. Westling, del Windham College, en un artículo publicado en el «Scientific American»— para describir la acción y consecuencia de las operaciones de bombardeo realizadas por los aviones de su país en Vietnam, desde un punto de vista ecológico. El cálculo inicial es este: entre 1956 y 1971 se han hecho estallar en Vietnam unos 13 millones de toneladas de explosivos —bombas o proyectiles de obús—, que han causado unos 26 millones de cráteres. Cada cráter tiene 9 metros de diámetro —término medio—; se han levantado 2.500 millones de metros cúbicos de tierra, y la superficie total dañada por ellos se eleva a unas 170.000 hectáreas. Los explosivos equivalen a 450 bombas atómicas como la que se lanzó sobre Hiroshima, y representan en total más explosivos que los utilizados por los Estados Unidos en la segunda guerra mundial en todos los frentes del planeta en los que combatieron.

Algunos bosques, algunas regiones cultivadas, han desaparecido para siempre, y sin posibilidad de cultivo. Los arrozales craterizados o con cráteres próximos no servirán nunca más para

## VEINTISEIS MILLONES DE CRATERES

el cultivo del arroz. Esto sucede, sobre todo, en la región del delta del Mekong. Ocurre que el fondo del cráter —que suelen tener de cuatro a cinco metros de profundidad, por término medio— alcanza la capa profunda de agua, de manera que el cráter se convierte en un pozo. La humedad se manifiesta de una manera constante, y no estacional.

Son atraídos los mosquitos, y de esa forma la malaria y otras fiebres, que habían sido erradicadas, han vuelto a aparecer en Vietnam; el paludismo, que no había sido conocido anteriormente, es ahora una enfermedad corriente. Al mismo tiempo se ha perturbado todo el sistema de riegos, de forma que aun las regiones no alcanzadas por la cra-

terización sufren en las cosechas.

Los troncos de los árboles no derribados, pero alcanzados por la metralla, se prestan al crecimiento de hongos parásitos, que se extienden a los demás: se arruinan los bosques. Y la metralla oculta destroza las sierras mecánicas de los leñadores, cuando tropiezan con ella. Por otra parte, el temor a que en los cráteres haya bombas sin explotar —del 1 al 2 por 100 de todas las lanzadas— ha hecho que los campesinos vayan abandonando las zonas alcanzadas. Se calcula que hay cientos de miles de bombas que pueden explotar al menor contacto. Aún sin ello, los trozos metálicos que hay en el suelo hieren a los bueyes y otros animales de trabajo y les producen enfermedades frecuentemente mortales, y también infecciosas, que pueden contagiar al resto del ganado.

El estudio del profesor Westling, con el profesor Pfeiffer, de la Universidad de Montana —sociólogo— se extiende a otros aspectos de la acción de guerra en Vietnam. Entiende este estudio que, puesto que el Vietnam es un país agrícola en el que la población vive en contacto directo con la tierra, los daños infligidos a la tierra destruyen las bases de la sociedad. Dicen los profesores que no se trata, sin embargo, de una acción impremeditada, sino que sus consecuencias han sido estudiadas y preparadas: ciertas

La escuela primaria de Ly Tu Troung, destruida casi por completo y en medio de la ruina circundante, permanece en pie el cartel indicador.





Casas derruidas, hierros retorcidos... es como retornar al pasado, a cualquier ciudad europea en la segunda guerra mundial.

## OBJETIVO: EL CENTRO DE LA CIUDAD

Llegar a Haiphong, ciudad portuaria, es como retornar al pasado, a la Europa de la segunda guerra mundial.

Casas derruidas, edificios desplomados, hierros retorcidos, vagones de ferrocarril volcados a decenas de metros de la línea férrea, tanques de combustible aplastados, la fábrica de cemento paralizada y semidestruida...

Es el espectáculo que ofrece la entrada a la ciudad. Pero ahora, en la nueva escalada, el objetivo es el mismo centro de la ciudad. Allí, donde sólo hay casas, comercios o escuelas. El genocidio se hace más refinado y directo.

Al mediodía del 12 de julio, oleadas de caza-bombarderos norteamericanos atacaron el centro de Haiphong con bombas incendiarias, de tiempo y demolición. Es la devastación de la nueva escalada, ordenada por el Presidente norteamericano, Richard M. Nixon.

La escuela primaria Ly Tu Truong quedó casi destruida. Pero fallaron los planes del Pentágono: los niños estaban evacuados.

Allí vimos más de media manzana de casas completamente arrasadas por los bombardeos y el siniestro que se produjo como consecuencia directa del lanzamiento de bombas incendiarias.

Comenzamos a atravesar el lugar por entre los escombros para tomar fotos. Cuando caminamos unos metros se nos acercó un vietnamita con un brazaete rojo. El intérprete vino presuroso:

—Dice que no camine más en esa dirección. Arrojaron bombas de tiempo que aún no han explotado y no han sido desactivadas.

La nueva escalada contra Haiphong comenzó el pasado 16 de abril. Sólo en ese día se contaron 244 muertos, la mayoría niños y ancianos.

—Los ataques lanzados por Nixon superan en gran medida a los del período presidencial de Johnson. Ahora han utilizado los B-52 para bombardear los barrios y suburbios de la ciudad. También lanzan bombas antitanques, que hemos bautizado como «bombas Nixon» —explica Hoang Thao, presidente del comité para investigación de los crímenes que cometen los norteamericanos en Haiphong.

La populosa calle de Ngo Quyen, en pleno centro de la ciudad, presenta el aspecto de una zona arrasada: un restaurante, la estación de ómnibus y más de 70 casas fueron completamente destruidas por las bombas de demolición.

Sin embargo, sólo hubo dos muertos y doce heridos, cifra insignificante cuando se aprecian los destrozos causados por las bombas.

Es que las medidas de seguridad son cada día más estrictas. Los refugios, más profundos. La disciplina de la población, más sólida y eficaz. Y todos estos factores contribuyen a que los planes genocidas obtengan menores resultados.

Y allí, entre las ruinas, se levantaba un cartel. Le pedimos al intérprete que tradujera el texto:

«Los agresores norteamericanos han cometido crímenes. Firme es nuestra determinación de hacer que ellos paguen por estos crímenes».

Y esa misma expresión la vimos cuando visitamos el hospital en los ojos de los heridos o en los padres que acompañaban a los menores, también alcanzados por la metralla... ■ MIGUEL RIVERO.

zonas han sido bombardeadas para obligar a la población campesina a abandonarlas para refugiarse en otras que pueden ser mejor controladas desde un punto de vista policíaco y militar. Porque es preciso advertir aquí que la mayor parte de estos daños han sido causados no en Vietnam del Norte —o, por lo menos, en el Norte han sido menos estudiados por los científicos americanos—, sino precisamente en el Sur, al que se está protegiendo. De los 26 millones de cráteres que se cuentan, unos 21 millones corresponden a Vietnam del Sur.

El efecto de los monzones y las lluvias tropicales sobre esta tierra devastada es el de destruir la breve capa cultivable y transformar el suelo en un barrizal estéril. Un estudio hecho por un grupo de biólogos de la Universidad de Stanford, señala las consecuencias sobre la fauna de Vietnam de esta destrucción. Los animales, desprovistos de alimentos y de abrigo en las zonas devastadas, emigran o mueren. Pero estos animales suelen ser los encargados inconscientes del traslado del polen o de los granos fertilizantes —especialmente los pájaros, algunos insectos—: su huida hace desaparecer este medio de fecundación natural, de manera que la reproducción no se efectúa. Surgen, en cambio, las hierbas malas, parásitas o tóxicas.

Los bombardeos o fumigaciones especiales de productos llamados defoliantes —es decir, capaces de destruir la vegetación— fueron suspendidos por orden del Presidente Nixon en diciembre de 1970. Eran productos que destruían la vegetación para evitar que bajo ella se escondiesen los guerrilleros y no pudiesen ser vistos desde los aviones o helicópteros de observación. El producto químico, fabricado por la Ansul

Chemicals, no era sólo dañino para los árboles, sino también para las personas. Los mismos aviadores encargados de lanzarlo, y quienes lo manejaban en los almacenes, estaban obligados a hacerse análisis de orina frecuentes para observar si el arsénico contenido en el producto les había alcanzado. Se calcula que unos 64 millones de litros de ese y de otros productos defoliantes fueron lanzados sobre unos dos millones de hectáreas de bosque. Aproximadamente un 50 por 100 de los árboles envenenados no solamente perdieron sus hojas, como era el efecto previsto, sino que se secaron y murieron definitivamente.

La orden de Nixon fue cumplida —aunque seis meses después de dada— y, entonces, se empleó una técnica nueva: la utilización de «bulldozers» gigantes. Se dice que son capaces de devastar 400 hectáreas por día, y se considera que hay unos 150 «bulldozers», que hasta hace un año habían arrasado 300.000 hectáreas de bosques, y unas 1.000 hectáreas de plantaciones.

Estos profesores han presentado un informe en la Conferencia de Estocolmo sobre el medio ecológico. Lo sustentaban, sobre todo, con una película rodada por ellos mismos en Vietnam del Sur. Pero la delegación americana se retiró de la sala de reuniones cuando se iba a proyectar el film, y no aceptó tampoco verlo en una sesión privada.

Sin embargo, el informe ha causado una cierta sensación en los medios políticos de los Estados Unidos. Un grupo de senadores ha encargado a la Academia Nacional de Ciencias que realice durante seis meses un estudio de la situación y, sobre todo, que prepare un programa de «reparación intensiva» para, con la ayuda presupuestaria de los Estados Unidos, reparar estos males una vez la guerra terminada.

Sin embargo, no se ve hasta ahora cómo se podrá reparar este mal. Se han estudiado ya otras zonas craterizadas años atrás en el mundo, como por ejemplo, la de Verdun, en la primera guerra mundial, y la de Okinawa, en la segunda, y se ha hallado que los efectos perduran aún o han perdurado durante decenas de años, a pesar de los esfuerzos técnicos realizados para las reparaciones. ■ PABLO BERBEN.